

Dos liberaciones y un epílogo



o ria la primera quincena de febrero de 1938. Amedrentados por el desplorable estado de Tortosa, que había caído en manos de gente osada, sin frenos de honor y de conciencia.

En medio de aquel clima de horror, que hacia traspasar los cabelllos y helar la sangre en las venas, un buen día acertaron a pasar por aquí, en conducción militar, unos comarceros que habían sido desplazados por la banda de la orilla derecha del Ebro, desplazados por la banda roja.

Luego de escuchados, sentimos la zoferina de que nos hicieran víctima del mismo cruel trato. No cabía otra resolución que trasladarnos a la banda de la orilla derecha del Ebro, concretamente en Regués. Allí nos acostamos aquella misma noche, con la esperanza de que el Ejército Nacional, una vez iniciada la ofensiva, seguiría el curso del Ebro, y que aquella parte se liberaría sólamente de la banda roja.

Al alba siguiente, dejamos un espectáculo de pesadilla. El cielo, surcado de bombarderos, sembrando al viento la muerte y la desolación; casas y calles en ruinas; los pocos ciudadanos remanentes, agotados de hambre y de terror, y los tiranos, derrochando en francachelas el producto de sus robos y piraterías.

A los pocos días se inició la ofensiva de Aragón, que nos llevó a la banda roja. A la noche de los rojos, llegó al fin el 18 de abril de 1938, día en que las tropas del Generalísimo Franco se adueñaron de la margen derecha del Ebro.

La primera liberación de una parte importante de Tortosa y su comarca la recibimos con inmensa alegría, dando gracias a Dios por haber salido con vida del infierno marxista.

Al día siguiente se celebró la primera Misa en el término de la villa, que se realizó por todo en la plazuela del Hospital de Jesús, por un capellán castrense, y una hora más tarde, otra en Rosquetas, en la calle de la Gaya, por el Rdo. D. Juan Estreul.

Pero la satisfacción no podía resultar completa. Ilusión nuestra era que proseguirían su marcha reconquistadora. Pero pronto cundió la noticia de que nuestras tropas tenían orden dada de quedarse atrincheradas en la ribera derecha del Ebro, y que las tropas de la banda roja, y fanáticos que permanecieron en la banda izquierda, quedaron apisonados en las malas de la red comunista, con la consiguiente opresión de los dirigentes rojos, de espaldas a toda razón y humanidad.

Tal situación de miles de ciudadanos tenía a los ya liberados sumidos en la más amarga tristeza. Poco contribuía a calmalar la tristeza en la noche de la liberación, la noche de la anhoriense de volver a nuestra ciudad, todavía tiranizada, y el retardo de nuestra total liberación hacia imposible una visión consoladora de las cosas.

Con tal ambiente de angustia, aumentado todos los días con el relato martirial de los que lograban huir de la zona roja, nuestra situación se hacía por momentos más angustiosa. Pero, eso sí, no nos quedó otra esperanza que la conquista jardín, del retiro victorioso a Tortosa, nos hacía más llevaderos nuestros sufrimientos.

Lo mismo ocurría en la colonia tortosina refugiada en Vinaroz. Uno de sus más reconfortantes consuelos fue el de poder celebrar la festividad de Nuestra Señora de la Cinta el primer domingo de septiembre de 1938. Por otra parte, el recuerdo de nuestros caídos nos inspiró el pensamiento de celebrar la Cinta en la carretera de Calig, en homenaje a su martirio.

Por fin, tras nueve meses de forzoso exilio y separación, viviendo en todo momento los avances del Ejército triunfador y asediados por el anhoriense de socorrer a nuestros hermanos supervivientes desinmidos por las montañas vecinas del término de Tortosa y Perelló, llegó, afortunadamente, el día tan ansiado de la liberación completa de la villa y la comarca.

Se regresó a ella día la sensación de una avalancha. Nadie pudo contenerse de trasladarse cuanto antes a sus lares queridos. Pero aquí se nos ofreció una serie de espectáculos a cui más

aterrorizantes: la ciudad, en ruinas e interceptada con ella las calles; destruidos todos los puentes sobre el Ebro; saqueadas con cinco reflejantes las viviendas; la mayoría de las familias, dispersadas; la criminalidad roja, y los supervivientes exhaustos; las enfermedades infecciosas y parásitarias, por síndromes carenciales y avitaminicos, creciéndose como se crecía de lo más indispensable para subsistir.

Después de esta segunda liberación, las dificultades de abastecimiento y vivienda de los primeros días parecían insuperables, a tal extremo, que mons. hubo en los que creímos que no se podía recuperar nuestra ciudad sino a costa de mucho tiempo.

Al recuperar el Relicario pequeño de Nuestra Señora de la Cinta, con el delirante recibimiento que le tributamos los tortosinos, adquirimos confianza en nosotros mismos, al darnos cuenta de que no nos faltaba la protección de nuestra Madre y Patrona, y empolvados con alegría y coraje la bandera de la Cinta. Tortosa, prontos con una buena contribución del Estado, pero anhoriense y sobre todo, por un esfuerzo individual agotador, cuya ponderación no tiene límites elogiosos.

Este croquis de las dos liberaciones queda desdibujado al compararse a la Tortosa de 1938, en un breve comentario o epílogo que nos queda para desarrollar.

La lección de cosas de nuestras calamidades y tribulaciones pasadas no ha podido ser más adocinadora.

Hemos aprendido a superar los avatares de la vida y a multiplicar nuestros esfuerzos y sacrificios en orden a una reacción que, sin una ayuda especial de Dios y de nuestra Patrona la Virgen de la Cinta, no tendría explicación adecuada. Quien contempló el cuadro de ruinas y desolación de la Tortosa recién liberada de principios de 1938, se dio cuenta de que a proclamar como un milagro la reconstrucción de Tortosa, el mejoramiento de todos los servicios; la restauración de sus edificios, en más del 90 por ciento destruidos entonces; restauradas las heridas materiales recibidas; la construcción monumental del Seminario, del Instituto de Segunda Enseñanza Media, la magnífica Escuela de Trabajo y, sobre todo, el edificio sumptuoso del nuevo Ayuntamiento; Correos y Telégrafos, sin contar con la magnífica repara-

ción del Palacio Episcopal y del Hospital; y en el terreno científico y cultural, la del Observatorio del Ebro; en el Jesús, la del Colegio de la Inmaculada, y en el sector urbano de la ciudad, la de los Colejos, Ferial, Teatral y la Consolación.

Aun así y todo, nuestras vivencias son mayores, y no hemos de cejar hasta convertir a nuestra ciudad en un emporio de riqueza espiritual y material.

Al dirigir nuestra mirada a la comarca, extendida en las márgenes del Ebro, admiramos los caudalosos canales que son la fuente de la riqueza de las huertas y arrozales cubiertas anualmente por las aguas del río; contemplamos a los labradores, cínicos e emocionados, al ver el resultado de sus esfuerzos, recogiendo los sabrosos frutos que surgen de esta fértil campiña; abundancia que se extiende a toda la vega del río, circundada por las abruptas montañas de Caro, Coll del Albà, Cardó y Montsí, cubiertas por olivos y algarrobos que suben por las laderas; sin olvidar los espacios de la maravillosa planura La Mola, Regat, sol, etc., venido de riqueza inagotable.

¡Cómo no sentire cautivado por todo ello y por la simpática sencillez de las costumbres de los payeses, por el encanto de nuestras Fiestas populares, que subyugan nuestros corazones, los que dan nuevos impulsos y vitalidad?

Urge recorrer largo camino para llegar a desarrollar.

Reconocemos los defectos que por herencia nos heredaron, ante la villa de Tortosa y su comarca, no debemos dejarlos, pero, en el despliegue, antes bien, aumentemos nuestros esfuerzos y, juntando nuestros corazones saturados de amor fraternal, laboremos para elevar el nivel material, científico y artístico de nuestra querida urbe, unidos por el Sagrado Cíngulo, que es un lazo de amor mil veces más fuerte; que el que puedan proporcionar los comunionalismos.

Y de una riera suelta a los sentimientos, pongo punto final a este epílogo a las dos liberaciones, con la temura de unas palabras que salen del fondo de mi alma:

¡Tortosa! Con todo y tus defectos, te quiero, te adoro en mi corazón y anhío para ti el colono del progreso material, coronado del superior progreso de los valores del espíritu.

Secundino Sabaté

Font: biblioteca.tortosa.cat